

Estado de la publicación: El preprint ha sido publicado como artículo en una revista
DOI del artículo publicado: <https://doi.org/10.1590/1413-812320242911.17522023ESP>

Las revistas científicas como objetos narrativos de las ciencias

Viviana Martinovich

<https://doi.org/10.1590/SciELOPreprints.7148>

Enviado en: 2023-10-08

Postado en: 2023-10-09 (versión 1)

(AAAA-MM-DD)

Las revistas científicas como *objetos narrativos de las ciencias*

Scientific journals as narrative objects of the sciences

Viviana Martinovich¹

¹Editora ejecutiva, revista científica Salud Colectiva. Profesora adjunta, Instituto de Salud Colectiva, Universidad Nacional de Lanús, Buenos Aires, Argentina.

<https://orcid.org/0000-0003-4607-2221>

Resumen Desde un marco referencial que integra la filosofía hermenéutica de Hans-Georg Gadamer y Paul Ricoeur, la teoría crítica de Herbert Marcuse y Jürgen Habermas y las tradiciones de la historia del libro y la lectura con las obras de Roger Chartier y Martyn Lyons, entre otros, este ensayo propone comprender las revistas científicas como *objetos narrativos de las ciencias*, que nuclean comunidades que comparten formas comunes de interpretar el mundo y moldean formas consensuadas de narrar esa comprensión común del mundo. Desde nuestra perspectiva, las revistas científicas entretejen la racionalidad presente en las conversaciones que se dan en el plano narrativo con las conversaciones de su entorno social. Ambas conversaciones se retroalimentan, y en esa dinámica convergen tanto acciones macrosociales vinculadas a dimensiones políticas, técnicas, económicas, culturales y/o religiosas, como así también una serie de prácticas mediadoras que operan a nivel microsocial, vinculadas a saberes editoriales, canales formales e informales de circulación, redes de colaboración y capacidades operativas, que tienen la potencialidad de legitimar, deslegitimar o incluso anular la circulación de determinadas conversaciones.

Palabras claves: Revistas Científicas; Cultura Escrita; Filosofía Hermenéutica; Teoría Crítica.

Abstract: Using a referential framework that integrates the hermeneutic philosophy of Hans-Georg Gadamer and Paul Ricoeur, the critical theory of Herbert Marcuse and Jürgen Habermas, and the traditions of the history of the book and reading with the works of Roger Chartier and Martyn Lyons, among others, this essay aims to understand scientific journals as *narrative objects of the sciences*. These journals bring together communities that share common ways of interpreting the world and shape agreed-upon forms of narrating that common understanding. From this perspective, scientific journals interlace the rationality present in the conversations that occur in the narrative dimension with the conversations of their social environment. These conversations mutually influence one other, and in that dynamic converge both macro-social actions related to political, technical, economic, cultural, and/or religious dimensions, as well a series of mediating practices that operate at the micro-social level, linked to editorial knowledge, formal and informal channels of circulation, collaborative networks, and operational capacities, with the potential to legitimize, delegitimize, or even nullify the circulation of certain conversations.

Keywords: Scientific Journals; Written Culture; Hermeneutic Philosophy; Critical Theory.

Introducción

Desde el surgimiento de las ciencias modernas en el siglo XVII, las revistas científicas han sido el dispositivo central de un sistema de comunicación creado por las propias comunidades científicas. Si bien estas comunidades no respondían a una noción unívoca de ciencias, sino que partían de diversos presupuestos, prácticas e intereses, los estudios que se centran en las revistas científicas suelen abordarlas de forma aislada de la racionalidad científica y de los intereses de los entornos sociales que las ponen en circulación. Esta disociación, además de generar una ruptura entre la historia de las ciencias y la historia de la edición científica, aísla el dispositivo editorial de la matriz de pensamiento y de las múltiples prácticas mediadoras que motorizan la circulación y la legitimación de ciertas conversaciones públicas de las ciencias. En este sentido, ¿cómo ir más allá de la materialidad del objeto y capturar esa característica relacional de un dispositivo que nació para poner en movimiento el sistema de comunicación de las ciencias y que, a su vez, es una expresión de los intereses de su entorno?

Con el propósito de recuperar esa dimensión relacional y comprender la relevancia de las revistas científicas, proponemos un marco referencial que retoma tres grandes corrientes: la filosofía hermenéutica de la segunda mitad del siglo XX, a través de la obra de Hans-Georg Gadamer⁽¹⁻³⁾ y Paul Ricoeur⁽⁴⁻⁷⁾; la teoría crítica de la escuela de Fráncfort, sobre todo de la obra de Herbert Marcuse^(8,9) y Jürgen Habermas⁽¹⁰⁻¹²⁾, relacionada con la racionalidad técnica de las ciencias; y las producciones historiográficas que, desde la historia del libro, de la lectura y de la cultura escrita recuperan estas corrientes filosóficas y plantean una ruptura con las certidumbres propias del objetivismo histórico, como los trabajos de Roger Chartier⁽¹³⁻¹⁷⁾, Martyn Lyons⁽¹⁸⁾, Guglielmo Cavallo⁽¹⁹⁾ y Armando Petrucci⁽²⁰⁾. Tal como señala la historiadora Gabrielle Spiegel:

“En la década de los ochenta, la atención creciente prestada al lenguaje y a las estructuras discursivas pusieron en cuestión el modelo causal de la vieja historia social y tendieron a sustituirlo por los modelos discursivos de la cultura que pretendían demostrar [...] el carácter culturalmente (es decir, lingüísticamente) construido de la sociedad y de la experiencia que los individuos tienen del mundo”.⁽²¹⁾

Frente a este giro que supuso el carácter lingüístico de la experiencia interpretativa del mundo, la historia de la lectura, centrada en el libro como objeto editorial, al partir de la circulación de los objetos textuales, va a permitir identificar, en términos de Stanley Fish⁽²²⁾, diversas “comunidades de interpretación”. Esta centralidad en la interpretación

invierte la perspectiva clásica de la historia del libro, que relacionaba las diferencias en las prácticas de lectura con ciertas oposiciones sociales construidas *a priori*:

“...lo cierto es que las diferenciaciones sociales no se jerarquizan con arreglo a una rejilla única de desglose de lo social, que supuestamente gobierna tanto la desigual presencia de los objetos como la diversidad de las prácticas. Ha de invertirse la perspectiva y localizar los círculos o comunidades que comparten una misma relación con lo escrito”.⁽¹⁹⁾

La idea de evitar atribuir usos y prácticas a bloques sociales predefinidos para pasar a identificar las “comunidades que comparten una misma relación con lo escrito”⁽¹⁹⁾, es justamente el nexo que une a esta nueva historia de la lectura con las nuevas nociones de *texto*, de *acuerdo* y de *interpretación común del mundo*, presente en la filosofía hermenéutica de Gadamer y Ricœur, y que nos permiten integrar las revistas científicas a la racionalidad y las acciones de su entorno social.

A partir de este marco referencial, entendemos las revistas científicas como *objetos narrativos de las ciencias*, que nuclea comunidades que comparten formas comunes de interpretar el mundo y moldean formas consensuadas de narrar esa comprensión común del mundo. Desde nuestra perspectiva, las revistas científicas entretejen la racionalidad presente en las conversaciones que se dan en el plano narrativo con las conversaciones de su entorno social. Ambas conversaciones se retroalimentan, y en esa dinámica convergen tanto acciones macrosociales vinculadas a dimensiones políticas, técnicas, económicas, culturales y/o religiosas; como así también una serie de prácticas mediadoras que operan a nivel microsociales, vinculadas a saberes editoriales, canales formales e informales de circulación, redes de colaboración y capacidades operativas, que tienen la potencialidad de legitimar, deslegitimar o anular la circulación de determinadas conversaciones.

Desde esta mirada, en este texto nos proponemos abordar los fundamentos teóricos de las dos categorías centrales. Por un lado, la categoría *conversación de las ciencias en el plano narrativo*, desagregada en cuatro dimensiones de análisis, en las que delimitamos los tipos de conversaciones hermenéuticas que están presentes en los objetos narrativos de las ciencias; y, por otro, la categoría *conversaciones de las ciencias en los entornos sociales*, que aborda los múltiples procesos relacionales que atraviesan esas conversaciones de las ciencias en el plano narrativo hasta llegar a la esfera pública, en los que interactúan con aquello que Habermas denomina como “intereses del mundo de la vida”⁽¹²⁾.

Conversaciones de las ciencias en el plano narrativo

Uno de los postulados centrales de nuestra primera categoría analítica es que las revistas científicas nuclea *conversaciones* en el plano narrativo. Ahora bien, ¿entre quienes se producen esas conversaciones? Cuando hablamos de *conversación*, nos referimos a la “conversación hermenéutica” descrita por Gadamer⁽²⁾, que no se da solo entre dos personas, sino que está presente en todo proceso interpretativo atravesado por la dialéctica de pregunta y respuesta, por lo que puede darse entre quien intenta interpretar el mundo y aquello que busca comprender o entre quien busca interpretar un texto y el propio texto, entre muchas otras relaciones interpretativas. En palabras de Gadamer:

“Mientras un texto sea mudo no ha iniciado aún su comprensión. Pero un texto puede empezar a hablar [...]. Entonces no se limita a decir su palabra, siempre la misma, en una rigidez inerte, sino que da nuevas respuestas al que le pregunta y formula nuevas preguntas al que le contesta. Comprender textos es entenderse en una especie de conversación. Esto se confirma observando cómo se produce la plena comprensión en el trato concreto con un texto cuando lo dicho en él puede expresarse en el propio lenguaje del intérprete”.⁽³⁾

Al igual que en las conversaciones entre personas, en la conversación hermenéutica es el asunto común el que une entre sí a las partes. Toda comprensión y todo acuerdo tienen presente alguna “cosa” a comprender y sobre la cual ponerse de acuerdo. Ese acuerdo sobre el tema significa necesariamente que, en la dialéctica de pregunta y respuesta propia de la conversación, se elabora un lenguaje común. Sin embargo, el acuerdo del cual hablamos no es sinónimo de consenso sobre todos los postulados y las perspectivas abordadas, el acuerdo necesario para la comprensión es aquel por el cual acordamos que estamos hablando sobre determinado tema y no sobre otra cosa. Para Gadamer:

“...el análisis hermenéutico tiene que eliminar claramente un falso modelo de comprensión y de acuerdo. En el acuerdo, además, la diferencia nunca se disuelve en la identidad. Cuando se dice que hay acuerdo sobre algo, ello no significa que el uno se identifique en su opinión con el otro. Hay co-incidencia, como dice bellamente el término”.⁽³⁾

Entre las múltiples conversaciones posibles que habilita la experiencia hermenéutica del mundo, la racionalidad científica en el plano narrativo, desde nuestra perspectiva, se expresa en cuatro tipos de conversaciones que proponemos como dimensiones analíticas: una primera, que se produce entre quien interpreta científicamente el mundo y el entorno que busca comprender; una segunda, entre quien interpreta científicamente el mundo y la

tradición escrita preexistente con la que elige dialogar; una tercera, entre quien interpreta científicamente el mundo y el texto en el que traduce tanto esa interpretación del mundo como el diálogo con esa tradición desde la cual interpreta; y, una cuarta, que se da cuando ese texto, luego de múltiples procesos de mediación, ingresa a la esfera pública y cobra sentido a través de quien lo interpreta.

Primera conversación hermenéutica: “Interpretación científica del mundo”

Esta primera dimensión analítica se centra en la noción gadameriana de formas de “acceso al mundo”⁽³⁾, que abre una puerta para comprender cómo las ciencias concibieron en términos históricos las formas de aprehensión de la realidad. La hermenéutica filosófica, al plantear la interpretación como “forma de realización de la comprensión”⁽²⁾, coloca el lenguaje como la acción primaria de acceso al mundo y, al hacerlo, pone en cuestionamiento el acceso objetivo y desintermediado que las ciencias postulaban hasta mediados del siglo XX:

“El mundo intermedio del lenguaje aparece frente a las ilusiones de la autoconciencia y frente a la ingenuidad de un concepto positivista de los hechos como la verdadera dimensión de la realidad”.⁽³⁾

Según Gadamer, la ciencia moderna que nace en el siglo XVII se fundó en la concepción matemática de la naturaleza, que postulaba una experiencia universal de acceso científico al mundo, sustentada en la garantía metodológica y el progreso como expresión del dominio de los recursos de la naturaleza y del mundo social. Y fue “esta relación entre la nueva ciencia y el ideal metodológico que ella comporta lo que desfiguró, por decirlo así, el fenómeno de la comprensión”⁽³⁾, dado que la experiencia hermenéutica de la comprensión solo se produce en la medida en que el ideal metodológico de quien investiga no bloquee su capacidad interrogativa y anule así esa dialéctica de pregunta y respuesta que habilita la interpretación reflexiva del mundo. De allí que, para Gadamer, ese dominio del mundo basado en el método, que postulan ciertas racionalidades científicas, tiende a anular la dialéctica interrogativa de la conversación hermenéutica para sustituirlo por el saber técnico.

Desde nuestra perspectiva, este primer tipo de conversación —entre quien interpreta científicamente el mundo y el entorno natural, social o tecnológico que busca comprender— es una dimensión de análisis central para poder comprender la estrecha

vinculación entre la legitimación de las revistas científicas y la legitimación de las racionalidades científicas que esas revistas ponen en circulación, las cuales van a ser potenciadas o debilitadas por las acciones y la capacidad operativa que despliegan sus entornos sociales. Esta dimensión analítica pone en evidencia, además, que los marcos disciplinares y temáticos no son explicativos para comprender las comunidades interpretativas que dialogan y se nuclean en torno a una revista científica. Lo que nuclea a una comunidad interpretativa en torno a una revista es una forma compartida de interpretar científicamente el mundo, que se expande a ciertos intereses y valores compartidos en el mundo primario de la vida.

Reflexionar sobre las diversas concepciones presentes en este primer tipo de conversación hermenéutica, nos permite analizar cómo se articulan esas racionalidades con las distintas esferas de la vida social y, en este caso en particular, con la circulación y legitimación de sus conversaciones de las ciencias en el plano narrativo.

Para el último tercio del siglo XIX, las formas de interpretar científicamente el mundo ya no se asociaban al conocimiento racional, sino a la *tejne*¹. Según Habermas, ya en el siglo XVIII, la filosofía de la historia que Concorcet despliega en su obra *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, publicada en 1794, y retomada en el siglo XIX por las teorías evolucionistas de la sociedad, configuran un modelo de racionalidad basado en la observación, la experimentación y el cálculo, en el que “la Física se convierte en el paradigma del conocimiento en general, ya que sigue un método que eleva el conocimiento de la naturaleza por encima de las disputas escolásticas de los filósofos y rebaja toda la filosofía anterior a mera opinión”⁽¹⁰⁾.

Pero no solo rebaja la filosofía a mera opinión, como menciona Habermas, sino a todas aquellas “formas de experiencia en las que se expresa una verdad que no puede ser verificada con los medios de que dispone la metodología científica”⁽²⁾. Esa noción de *verdad*, que las ciencias modernas asignan al método científico, como el lenguaje unívoco de acceso al mundo va a estar expresado, por ejemplo, por el lamarckismo, las teorías demográficas de Thomas Malthus, la filosofía positiva de Comte, y las teorías evolutivas de Darwin y Spencer, que interpretaron los progresos de la civilización como evolución de sistemas orgánicos. “Ya no es el progreso teórico de las ciencias el que sirve de

¹Gadamer recupera el concepto griego de *tejne* o *tekhne*, que designa “el conocimiento de lo fabricable” (Gadamer, 2006, p. 158), y que incluye tanto “el saber del artesano que sabe producir determinadas cosas” como el hacer como proceso, en el que participa tanto la elección de los medios y del material correcto, como la sucesión normativa de las distintas fases del trabajo.

paradigma a la interpretación de los cambios acumulativos”⁽¹⁰⁾, sino que la evolución social y el progreso quedan asociados al desarrollo de las técnicas de producción, y las ciencias se convierten en fuerza productiva.

Para fines del siglo XIX, según Habermas, esa tendencia evolutiva se va a imponer cada vez con más fuerza y va a caracterizar al capitalismo tardío a través de “la cientifización de la técnica”:

“Siempre se ha registrado en el capitalismo una presión institucional a elevar la productividad del trabajo por medio de la introducción de nuevas técnicas. Pero las innovaciones dependían de inventos esporádicos que, por su parte, podían ciertamente estar inducidos económicamente, pero que no tenían un carácter organizado. Pero esto ha variado en la medida en que el progreso científico y el progreso técnico han quedado asociados y se alimentan mutuamente. Con la investigación industrial a gran escala, la ciencia, la técnica y la revalorización del capital confluyen en un único sistema. Mientras tanto esa investigación industrial ha quedado asociada además con la investigación nacida de los encargos del Estado, que fomentan ante todo el progreso técnico y científico [...] De este modo, la ciencia y la técnica se convierten en la primera fuerza productiva”.⁽¹²⁾

El progreso científico y técnico, vinculado al desarrollo técnico-industrial y a la reproducción del capital, justifican el éxito de las ciencias modernas y tienden a ponderar aquellas condiciones metodológicas y de abstracción que bloquean cualquier tipo de posibilidad interrogativa y ponen en un primer plano el lenguaje de los hechos y de los datos como la verdadera dimensión de la realidad.

Según Habermas, no es posible desligar las ciencias de los intereses del mundo primario de la vida. De hecho, ciertas nociones que estructuraron gran parte de la racionalidad científico-tecnológica que motorizó la expansión del capitalismo y la industrialización de las ciencias, vinculadas al progreso como expresión del dominio de los recursos de la naturaleza y del mundo social, se les atribuye un valor de verdad por sobre otras racionalidades científicas, y ese valor de verdad se traslada a los objetos narrativos de las ciencias que ponen en circulación esa racionalidad. Sin embargo, entendemos que este proceso de industrialización de las ciencias descrito por Habermas no fue el único camino que tomaron las ciencias. No todos los entornos industrializados tienden a instrumentalizar el método científico y sus dispositivos de comunicación, del mismo modo que no todos los entornos no industrializados tienden a realizar ciencias más interrogativas, reflexivas o críticas.

Por lo tanto, habrá revistas científicas que nuclean perspectivas más instrumentales o más reflexivas, independientemente del grado de industrialización, del ámbito disciplinar o del área de conocimiento en la que se inscriban. En este sentido, cabría preguntarse: ¿suelen convivir distintas racionalidades científicas en un mismo dispositivo? ¿cuán alineadas están las racionalidades presentes en una revista científica con las acciones e intereses de su entorno social y de sus comunidades interpretativas?

Segunda conversación hermenéutica: “el diálogo con la tradición”

Una de las características distintivas de la estructura narrativa de las ciencias es el diálogo con otras producciones escritas recientes o desplazados en el tiempo. Sea cual fuere la disciplina o la perspectiva teórica desde la cual se interpreta el mundo, se parte de un diálogo con el acervo escrito, que puede ser expresado de forma explícita o implícita, que puede reivindicar o relegar ese diálogo con la tradición.

Con qué tradiciones dialogan los textos y cómo expresan ese vínculo con las tradiciones nos permite comprender no solo ciertos rasgos de las distintas racionalidades científicas, sino las complejas tramas por las cuales se retoma una tradición y no otra, se ignoran o se destruyen algunas y se realzan otras. Tal como expresa Lucien Polastron⁽²³⁾, la historia fue testigo de la quema pública de colecciones completas de libros o de la destrucción silenciosa de ciertos legados escritos, como una forma de anular la existencia de ciertos grupos sociales, de ciertas formas del pensamiento, como si nunca hubieran existido. En este sentido, la elección de una tradición, de textos con los cuales se elige dialogar, tanto del acervo escrito reciente o desplazado en el tiempo, no se reduce exclusivamente al ámbito disciplinar o al tema de interés, sino que, al expresar ese diálogo en el plano narrativo se moldean y reafirman las formas de interpretar científicamente el mundo.

Cuando hablamos de *tradición*, nos referimos a la herencia escrita, a ese diálogo heredado que las ciencias entablaron en el plano narrativo que, según Ricœur, no es “la transmisión inerte de un depósito ya muerto, sino la transmisión viva de una innovación capaz de reactivarse constantemente”⁽⁶⁾. ¿Y cómo es posible que ese legado escrito en el pasado se mantenga vivo, en estado de innovación y reactivación constante? Si bien la esencia de la tradición, según Gadamer⁽²⁾, es transmitir lo que ya fue transmitido, la conciencia hermenéutica plantea la necesidad de generar nuevas preguntas desde el

presente que cuestionen esa tradición, de allí que todo lo transmitido recobre otro sentido en cada nuevo presente:

“...cada época entiende un texto transmitido de una manera peculiar, pues el texto forma parte del conjunto de una tradición por la que cada época tiene un interés objetivo y en la que intenta comprenderse a sí misma. El verdadero sentido de un texto, tal como este se presenta a su intérprete no depende del aspecto puramente ocasional que representan el autor y su público originario. O por lo menos no se agota en esto. Pues este sentido está siempre determinado por la situación histórica del intérprete, y en consecuencia por el todo del proceso histórico”.⁽²⁾

Parafraseando a Ricoeur⁽⁵⁾, podríamos postular que el significado del mundo está en suspenso a la espera de nuevas interpretaciones que decidan su significación, por lo que los acontecimientos y los hechos significativos están abiertos a ser leídos cada vez desde una nueva *praxis*.

Esta perspectiva respecto de la reinterpretación de la tradición escrita nos abre una puerta para poder analizar otras formas de comprender ese acceso al pasado y ese vínculo con la tradición. Tal como expresa Gadamer⁽¹⁾, desde la totalidad aristotélica a la moderna ciencia empírica, se va produciendo un proceso de aislamiento, tanto del “objeto” como del conocimiento respecto de ese objeto: si una experiencia solo es válida en la medida en que se confirma, ese principio requiere enfocar su interés en un método que permita su reproducibilidad. Y en esa objetivación de la experiencia es donde, además del aislamiento metódico del objeto, se va produciendo el aislamiento metódico del conocimiento, que queda desconectado de su propia historicidad:

“Para obtener la certeza y la controlabilidad de sus conocimientos y el camino seguro de su progreso, tuvo que pagar el precio de la renuncia a un saber total de este tipo. Al someter a lo observable al método cuantificante de la matemática, encontró un nuevo concepto de ley natural y penetró a través del experimento y de la hipótesis en todas direcciones, avanzando hacia el conocimiento científico”.⁽¹⁾

Este mismo proceso de aislar el “objeto” de estudio para generar un ámbito controlado de estudio, va a comenzar a expandirse a otras esferas de las ciencias como, por ejemplo, el objetivismo de diversas corrientes historiográficas que sostenían que la compilación de datos, fechas, personalidades, lugares e instituciones podían componer una descripción “exacta” de los sucesos, como si quien historiza pudiera acceder a los hechos del pasado en forma directa y existiera una correspondencia lineal entre los hechos, el relato creado y la lectura unívoca de ese texto. Ese acceso directo al pasado, sin interferencias, como si

las lecturas posteriores de esos hechos y el propio proceso histórico no crearan sentidos, forma parte de la *conciencia histórica* planteada por Wilhelm Dilthey en el siglo XIX, en la que desarrolla un sentido histórico cuya intención es justamente aislar ese “objeto” a ser estudiado de las interferencias del devenir de la historia.

Pero también hay otras formas de comprensión de la tradición. Según Gadamer, el romanticismo del siglo XIX defendió con un énfasis particular la tradición como una forma de autoridad: desde la perspectiva romántica “lo consagrado por la tradición y por el pasado posee una autoridad anónima” cuya “validez no necesita fundamentos racionales, sino que nos determina mudamente”⁽²⁾. Esta noción de autoridad se configuró históricamente a través de un canon delimitado de lecturas, utilizado como un mecanismo de adoctrinamiento:

“En realidad, en la base de esta elección universal, común a todos los Gobiernos y a todos los poderes, hubo algo más: la consciencia de que la lectura era, antes de la llegada de la televisión, el medio más adecuado para determinar la difusión de valores e ideologías y, además, el que más fácilmente se podía regular una vez que se hubieran llegado a controlar los procesos de producción y sobre todo los de distribución y de conservación de los textos. [...] Para que funcione es necesario solo que las lecturas [...] estén orientadas hacia un determinado corpus de obras y no hacia otras, hacia un canon fijo que puede ser más o menos amplio, más liberal o más restrictivo, pero que se impone exactamente como un canon; es decir, como un valor indiscutible que hay que asumir en cuanto tal”.⁽¹⁹⁾

La forma en que los textos expresan ese vínculo con las tradiciones nos permite identificar rasgos de las distintas racionalidades científicas presentes no solo en los textos que publica cada revista, sino en las comunidades que dialogaban con esos textos, e incluso en los entornos sociales que motorizan la circulación de esas revistas.

Tanto quienes escriben un texto, como quienes lo interpretan y se comprenden ante esos textos, comparten ciertas expectativas de sentido que son las que nuclean a las personas en comunidades interpretativas, no solo porque comparten una misma relación con el tema tratado en el texto, sino porque participan de una tradición común: “La anticipación de sentido que guía nuestra comprensión de un texto no es un acto de subjetividad, sino que se determina desde la comunidad que nos une con la tradición”⁽²⁾. Por lo tanto, la tradición no es una construcción individual y subjetiva, sino que es un acto colectivo, por el que todo texto se inserta en una comunidad y participa de una tradición. Desde esta perspectiva, ¿qué concepción de tradición está presente en los textos

publicados por las revistas científicas?, ¿es posible identificar una tradición que esté en consonancia con los entornos sociales de las ciencias de cada época?

Tercera conversación hermenéutica: “acuerdos en el plano narrativo”

El tercer tipo de *conversación* que abordamos en este trabajo se da entre quien traduce esa interpretación del mundo y de la tradición a una trama narrativa, a través de la cual entabla un diálogo reflexivo con el texto, no solo para lograr captar, comprender y traducir determinado recorte de la realidad, sino además para adecuarlo a una estructura narrativa. Esa estructura no es una apuesta creativa individual, sino que se asienta sobre acuerdos terminológicos y estructurales entre quienes comparten ciertas formas de interpretar científicamente el mundo. En términos de Gadamer, si quien escribe conoce la problemática de la fijación escrita, tendrá siempre en cuenta a la persona destinataria⁽³⁾ que, en el caso de las revistas científicas, es parte de la misma comunidad de pares.

Al igual que en el diálogo vivo, en el que se intentan buscar las palabras justas y se las acompaña del énfasis y los gestos adecuados para que sean comprensibles para las personas que forman parte de la conversación, “la escritura debe abrir en el texto mismo, de algún modo, un horizonte de interpretación y comprensión que el lector ha de llenar de contenido. ‘Escribir’ es algo más que la mera fijación de lo dicho”⁽³⁾. Quien escribe intenta comunicar y esto implica tener en cuenta al intérprete “con el que comparte ciertos presupuestos y con cuya comprensión cuenta”⁽³⁾. Ese lenguaje común necesario para la comprensión por parte de quien interpreta, no se reduce a un “tema” en común, sino que ese lenguaje común está en continua mutación al interior de comunidades narrativas que, de forma explícita o implícita, se inscriben en una de las tantas tradiciones que participan de la gran conversación epistémica que las ciencias han mantenido a lo largo de la historia. Tal como menciona Habermas:

“...al hacer uso implícito de un concepto formal de mundo, el actor da por sentadas determinadas presuposiciones de comunidad o intersubjetividad que desde su perspectiva [...] pretenden ser válidas para el intérprete que se acerque desde fuera”.⁽¹⁰⁾

Ese “concepto formal de mundo”, que menciona Habermas, expresa la racionalidad que las comunidades narrativas de las ciencias ponen en acción al momento de narrar de forma escrita su propia experiencia interpretativa del mundo. Aunque la comunicación científica aparezca publicada, no está destinada a todas las personas, sino que “sólo pretende ser

comprensible para aquel que está familiarizado con la investigación y su lenguaje⁽³⁾. Y ese lenguaje se configura entre quienes comparten una *interpretación común del mundo* atravesada por acuerdos no solo narrativos y léxicos, sino también respecto de las formas de concebir el acceso científico al mundo, es decir, racionalidades, epistemes, valores, nociones metodológicas para la aprehensión y la comprensión tanto de la naturaleza como del mundo social.

Si bien la oralidad es parte esencial de la transmisión de conocimientos científicos, y está presente tanto en las instancias formativas como en la presentación de nuevas ideas y formulaciones ante pares, no es sobre la palabra hablada que, desde el siglo XVII, las ciencias modernas moldearon sus diversas formas de interpretar el mundo.

“La tradición escrita no es solo una porción de un mundo pasado [...] Pues el portador de la tradición no es ya tal o cual manuscrito que es un trozo del entonces, sino la continuidad de la memoria. [...] Allí donde nos alcanza una tradición escrita no sólo se nos da a conocer algo individual, sino que se nos hace presente toda una humanidad pasada, en su relación general con el mundo”.⁽²⁾

Tampoco es sobre el texto manuscrito que permanece en la esfera privada donde se moldean los acuerdos léxicos y estructurales que las ciencias van asentando en sus diversas conversaciones, sino que esos acuerdos se producen en los *objetos narrativos de las ciencias* que circulan en la esfera pública, es decir, el objeto narrativo editado, publicado y puesto en diálogo con su comunidad interpretativa. Y estos acuerdos que se generan en la esfera pública de las ciencias se articulan con el concepto de “género discursivo” de Mijaíl Bajtín⁽²⁴⁾, a partir del cual entendemos las ciencias como una de las tantas esferas de la praxis humana, cuyos enunciados reflejan condiciones específicas “no solo por su contenido (temático) y por su estilo verbal, o sea, por la selección de los recursos léxicos, fraseológicos y gramaticales de la lengua, sino, ante todo, por su composición y estructuración”⁽²⁴⁾. De este modo, el género discursivo es entendido, no como un tipo ideal ni una serie de leyes técnicas, sino como una comunicación cultural más compleja, producto de una praxis específica. Ese género discursivo se pone en acción en la trama narrativa, en la obra como totalidad de sentido que es mucho más que una sumatoria de fragmentos de texto o de oraciones.

Tal como menciona David Carr⁽²⁵⁾, el mundo no se nos presenta en forma de relatos estructurados, sino que la narración impone a los acontecimientos una forma narrativa que esos acontecimientos no tienen. En este sentido, la forma narrativa es una síntesis de lo heterogéneo en la que se reúnen los elementos dispares del mundo. En las

ciencias, ese proceso de fijación del discurso no es una apuesta o creación individual, sino que las diversas comunidades interpretativas acuerdan ciertas estructuras narrativas como válidas, que son propias de las ciencias y que difieren de otras estructuras narrativas no ficcionales con pretensión de verdad, producidas por otras comunidades discursivas, como la jurídica, la legislativa o la periodística. En este sentido, el término “narratividad” o “narrativo” es entendido como la capacidad de “marcar, articular y clarificar la experiencia temporal” en unidades discursivas mayores que la oración, denominadas *textos*⁽⁵⁾.

Desde nuestra perspectiva, todos los textos científicos hacen un tipo de uso de la narrativa dado que, las ciencias, al igual que otras experiencias humanas, están atravesadas por el acto de narrar de forma escrita su propia experiencia interpretativa del mundo, mediada por el lenguaje⁽³⁾. Pero a diferencia del relato de ficción, presente en la novela o en la poesía, o de modalidades narrativas que emplean otros lenguajes, como la fotografía, las artes visuales o incluso la música, las ciencias componen un “relato con pretensión de verdad”⁽⁵⁾, entendiendo la noción de verdad en sus dos acepciones: en su relación con la realidad y como propiedad de ciertos enunciados.

Dentro de la acepción de *verdad* que vincula el texto con la realidad, Ricœur postula la referencia o relación referencial, que es tanto el “valor de verdad” de un texto como la “pretensión de alcanzar la realidad”⁽⁵⁾. En una conversación oral, esa relación referencial se conforma en el espacio-tiempo presencial común, donde el valor de verdad y el vínculo con la realidad de lo dicho y el *aquí* y el *ahora* están dados por la realidad circunstancial que rodea a esa instancia discursiva. Pero “¿qué constituye la referencia cuando el discurso se convierte en texto?”, se pregunta Ricœur⁽⁵⁾. La escritura rompe la relación referencial, ya no hay una situación común entre quien escribe y quien va a apropiarse de ese texto, por lo que la narración científica requiere recrear la referencia, componer un aquí y ahora y componer ese valor de verdad y ese nexo con la realidad que es inherente al discurso científico.

La delimitación de un aquí y ahora, que podrá estar distanciada en el tiempo o ser contemporánea, exige crear un espacio-tiempo en el que se formula un problema, y al reponer el vínculo de ese problema con la realidad —que se pierde por el propio acto de la escritura— se expresa de forma explícita o implícita un valor de verdad. Es decir, esa reposición de la relación referencial podrá expresar tanto una noción de verdad que sea crítica de la objetividad del método y la considere una “creencia ingenua”⁽³⁾ o, por el contrario, que se asiente en el método como verdad. Sea cual fuere el valor de verdad

presente en el texto, todo discurso científico se distancia de la literatura de ficción al recrear esa relación referencial, en la que actúan las tres conversaciones hermenéuticas abordadas en los apartados anteriores.

Ahora bien, ¿qué sucede con la relación referencial cuando el valor de *verdad* está asociado a la propiedad de ciertos enunciados, es decir, cuando la legitimidad del propio enunciado se traduce en una lectura “objetiva” de la realidad? Tal como expresa Gadamer, esta es la noción de verdad que las ciencias modernas de cuño positivista le asignaron históricamente al método. Cuando la aplicación del método cancela la capacidad creativa y clausura la estructura dialogal de pregunta y respuesta presente en las diversas conversaciones hermenéuticas, se anula la comprensión como experiencia hermenéutica y “el mundo intermedio del lenguaje queda en suspenso”⁽³⁾. Cabe aclarar que no es el método lo que cuestiona Gadamer, sino la anulación de la experiencia de la comprensión.

Al cancelar la capacidad reflexiva e interrogativa, el progreso técnico se torna irreflexivo, y la narrativa científica creada desde estas racionalidades comienza a instrumentalizarse de tal manera que pierde el diálogo con la tradición, y el texto comienza a estandarizarse cada vez más. Este proceso, al estar ligado a la gran maquinaria del desarrollo técnico-industrial y a la reproducción del capital, se le atribuye un valor de verdad por sobre otras racionalidades científicas. En este sentido, ¿cuán instrumentalizados y estandarizados están los textos que las revistas científicas ponen en circulación?; ¿cuán vinculados están a la maquinaria del desarrollo técnico-industrial?

Cuarta conversación hermenéutica: “las comunidades interpretativas”

Los acuerdos presentes en los tres tipos de conversaciones anteriores se extienden al cuarto tipo de conversación hermenéutica que se da cuando ese texto, luego de múltiples procesos de intermediación, ingresa a la esfera pública y cobra sentido a través de quien lo interpreta. Ricœur plantea que lo dado a interpretar en un texto ya no es la comprensión de las intenciones psicológicas de quien escribe, que se disimulan *detrás* del texto, sino que comprender un texto es “*comprenderse ante el texto*”⁽⁵⁾, es encontrar en el texto las respuestas a las preguntas que el propio texto nos ha generado, y es esa dialéctica interpretativa de pregunta y respuesta que nos lleva a comprender un texto y a comprendernos ante el texto.

Para la hermenéutica filosófica, el verdadero sentido de un texto ya no está dado por un entendimiento de las intenciones del autor, sino que la obra textual está ahí, en sí

misma, y recobra sentido en cada nueva lectura, en cada nuevo presente. La dialéctica de pregunta y respuesta permite que la comprensión se manifieste de forma similar a una conversación, que en este caso solo funciona en una dirección, por parte de quien intenta comprender, que interroga y se interroga y que trata de escuchar la respuesta del texto. Es verdad que un texto no nos habla como lo haría una persona: “Somos nosotros, los que lo comprendemos, quienes tenemos que hacerlo hablar con nuestra iniciativa”⁽²⁾.

Sin embargo, no todas las racionalidades de las ciencias mantienen una misma relación frente al texto. Cuando las ciencias interponen la técnica y clausuran la dialéctica de pregunta y respuesta, el texto se aplana, se anulan otras dimensiones y del texto emerge solo el lenguaje descriptivo de los hechos:

“Contemplar la tarea de interpretación de los textos con el prejuicio de la teoría de la ciencia moderna y con el criterio de la cientificidad constituye en realidad una perspectiva miope. La misión del intérprete nunca es en concreto una mera detección lógico-técnica del sentido de un discurso prescindiendo de la verdad de lo enunciado. El esfuerzo por entender el sentido de un texto supone siempre la aceptación de un reto que nos lanza ese texto”.⁽³⁾

Desde esta concepción, las comunidades interpretativas se conformarían entre quienes comparten formas comunes de comprenderse ante ciertos textos, y esa experiencia de comprensión común excede el ámbito disciplinar y temático. En este sentido, ¿quién hace posible que estas conversaciones se retroalimenten y conformen comunidades de diálogo?

Estas cuatro conversaciones hermenéuticas se integran en todo proceso de escritura, dado que la traducción narrativa de la interpretación científica del mundo requiere de un diálogo con el texto en construcción, en el que participa también el diálogo con otros textos que conforman la tradición sobre la que se asienta toda escritura científica. Su articulación es tal que las racionalidades científicas se expresan con fuerza en las cuatro conversaciones a la vez: cada forma de comprender el acceso científico al mundo va a construir un tipo de vínculo con la tradición, con la estructura narrativa y con las formas de apropiarse de los textos.

Conversaciones de las ciencias en sus entornos sociales

Al poner en circulación esta selección de posibles conversaciones de las ciencias en el plano narrativo, comienzan a aflorar los estrechos vínculos entre ese proceso de conformación de las diversas racionalidades científicas y el mundo social. El proceso por

el cual las diversas comunidades interpretan científicamente el mundo nos muestra que ese vínculo entre las ciencias y la sociedad es mucho más profundo: no son fuerzas externas que someten a las ciencias a prácticas que exceden sus intereses, ni comunidades científicas que imponen de forma autónoma su concepción del mundo. Es justamente ese acuerdo precientífico sobre las formas de comprender y de vincularse con el mundo lo que nuclea a los distintos actores sociales en torno a prácticas más industriales o más artesanales de las ciencias, desde perspectivas más humanizadas o más instrumentales.

Según Habermas, ese “saber del mundo, aparentemente objetivo de los hechos está trascendentalmente basado en el mundo precientífico”⁽¹²⁾. Es decir, quienes interpretan científicamente el mundo parten de objetos ya estructurados simbólicamente en el mundo social, dado que la relación existente entre los distintos modelos interpretativos, la formulación de problemas y la descripción teórica de esos hechos que cada sociedad configura en términos históricos “exige una etapa 1 de interpretación que coloca a todas las ciencias ante tareas estructuralmente *similares*”⁽¹⁰⁾.

Ahora bien, si las racionalidades científicas están asociadas a los intereses del mundo social ¿es posible que esas racionalidades estén desvinculadas de los intereses asociados a la circulación pública de las conversaciones de las ciencias que se dan en el plano narrativo? Entendemos que no. Desde nuestra perspectiva, la revista científica, al delimitar no solo una temática específica, sino un marco referencial de interpretación, une entre sí a las partes, generando un consenso lingüístico que presupone un acuerdo que va más allá de las elecciones temáticas, metodológicas o disciplinarias.

Las comunidades interpretativas que se conforman en torno a cada revista científica comparten esa forma común de “comprenderse” ante los textos que cada revista pone en circulación, pero esa forma de comprenderse ante el texto trasciende la disciplina, no es el recorte disciplinar ni temático lo que logra conformar una comunidad interpretativa en torno a una revista, sino que es una *interpretación común del mundo*, y ese acuerdo común excede el ámbito de las ciencias y se expande a los intereses del mundo de la vida. De hecho, ciertas nociones —que estructuraron gran parte de la racionalidad científico-tecnológica que motorizó la expansión del capitalismo y la industrialización de las ciencias— movilizaron un proceso social en el que las ciencias fueron una pieza más dentro de un engranaje más complejo, integrado por el Estado y el sector industrial. En esos entornos, en los que el progreso está asociado al dominio de los recursos naturales y del mundo social, ese dominio se expande a otras esferas, configurando un valor de verdad por sobre otras racionalidades científicas, y ese valor de

verdad se traslada a los *objetos narrativos de las ciencias* que ponen esa racionalidad en circulación. Este proceso de expansión de ciertas racionalidades científicas no se da por inercia, sino que está motorizado por un *entorno social* en el que distintos actores configuran una trama social en la que se eligen estrategias, se implementan tecnologías y se disponibilizan recursos en función de determinados intereses.

Entornos sociales de las ciencias

Como ya mencionamos, no es sobre el texto manuscrito que permanece en la esfera privada donde se moldean los acuerdos que las ciencias van asentando en sus diversas conversaciones. Las diversas tradiciones y corrientes teóricas de las ciencias dialogaron históricamente entre sí y se conformaron como tales a través de los *objetos narrativos de las ciencias* que circulan en la esfera pública, es decir, textos editados, publicados en un soporte y puestos en diálogo con una comunidad interpretativa a través de un dispositivo editorial como puede ser un libro o una revista científica. Tal como mencionan Cavallo y Chartier:

“Contra la representación elaborada por la propia literatura y recogida por la más cuantitativa de las historias del libro, según la cual el texto existe en sí, separado de toda materialidad, cabe recordar que no hay texto alguno fuera del soporte que permite leerlo (o escucharlo). Los autores no escriben libros: no, escriben textos que se transforman en objetos escritos”.⁽¹⁹⁾

Ahora bien, hacer público un texto no es sinónimo de que ingrese a una conversación. El objeto narrativo no es *per se* un dispositivo de comunicación, sino que quien posibilita que ese texto sea recuperado por una comunidad interpretativa y se inserte en una tradición son los complejos procesos relacionales y las acciones de la trama de actores que ponen ese objeto narrativo en circulación. Esas acciones llevadas a cabo por quienes conforman los diversos *entornos sociales de las ciencias* son las que tienen la potencialidad de amplificar ciertas racionalidades científicas o de limitarlas, de ampliar el alcance geográfico o de reducirlo. Por lo tanto, entendemos que esas racionalidades en las que se enmarcan las conversaciones de las ciencias en el plano narrativo no se deberían aislar en términos analíticos de las acciones mediadoras que ponen esas conversaciones en circulación en la esfera pública, porque ambas se retroalimentan.

Entendemos que los *entornos sociales de las ciencias* se configuran en las acciones mediadoras y son esas acciones las que enlazan las diversas racionalidades

científicas con los intereses del mundo social de la vida, generando procesos complejos que traccionan hacia una mayor instrumentalización o humanización de las ciencias, más allá del carácter industrial o artesanal de sus prácticas.

Desde esta perspectiva, el desarrollo de las ciencias no está vinculado exclusivamente al desarrollo de las fuerzas productivas —como planteó Boris Hessen en la década de 1930⁽²⁶⁾— o al desarrollo tecnológico —como postuló Henryk Grossmann en 1935⁽²⁷⁾—, o a la religión —como propuso Robert Merton en 1949 en una relectura de la obra de Max Weber⁽²⁸⁾—, sino que partimos de la concepción de que las ciencias están ontológicamente inmersas en el mundo social.

Allí convergen acciones macrosociales vinculadas a procesos políticos, tecnológicos, económicos, culturales y/o religiosos; y una serie de acciones que operan a nivel microsociales, es decir, formas organizativas, saberes editoriales, capacidades operativas de apropiación técnica y tecnológica, canales formales e informales de circulación, etc. Ambos procesos (macro y microsociales) configuran entornos que tienen la potencialidad de amplificar o limitar la circulación de determinadas conversaciones.

Cuando desde diversas áreas disciplinarias se dejan fuera del análisis estos complejos procesos de mediación, se omiten los intereses y las estrategias diseñadas para amplificar la circulación de esos objetos textuales en la esfera pública, y se genera cierta noción de linealidad entre la formulación de una idea, su publicación y circulación. Este mecanismo provoca diversos efectos: por un lado, que las conversaciones dominantes de las ciencias lograrían un mayor alcance por su propio peso y reconocimiento social y no como producto de acciones y estrategias específicas llevadas a cabo con ese fin; y, por otro, que las obras que tienen mayor circulación o que llegan hasta nuestros días representarían el universo de interpretaciones de una época, ocultando la existencia de otras posibles interpretaciones que tuvieron una circulación más limitada o, incluso, que fueron expresamente destruidas.

En el caso de América Latina, los códices aztecas, el conjunto de libros sagrados de los toltecas y de los mayas, las “librerías” del templo del Sol de los incas, los escritos antiguos de Guatemala, Honduras y Nicaragua, en su mayoría, han desaparecido. Ese mismo destino tuvieron las grandes bibliotecas construidas por los jesuitas en toda América: “desde California hasta Chile los libros fueron confiscados u olvidados en lugares inapropiados, quemados, robados, reenviados a Europa o vendidos como papel para embalaje”⁽²³⁾. Al anular analíticamente los procesos de mediación, se tiende a configurar un escenario a partir del pensamiento institucionalizado, que produce un efecto

de cancelación de aquellas expresiones que no se condicen con el escenario científico hegemónico o que fueron expresamente devastadas.

Ese mecanismo de anulación de las prácticas mediadoras que se da en el plano analítico, trasladado al terreno de la acción, puede llevar a ciertos equipos editoriales a pensar que su trabajo en una revista científica finaliza con la publicación de un manuscrito, ignorando y desestimando la relevancia de las acciones vinculadas a la apropiación. Esta inacción paraliza la circulación de ciertos textos, impidiendo su ingreso a una conversación. Cuando esta anulación analítica se traslada al terreno de la acción, se produce una “racionalización de la vida”⁽¹²⁾, según la cual la racionalidad técnica se expande hacia las formas de comprender las acciones sociales, anulando la potencia política de la acción.

Según Habermas, lo que en realidad hace la racionalidad técnica “es sustraer la trama social de intereses en la que se eligen estrategias, se utilizan tecnologías y se instauran sistemas”⁽¹²⁾, y esas decisiones se cristalizan como dominio técnico sobre lo social. Esa racionalización de la vida implica “la institucionalización de un dominio que se hace ya irreconocible como dominio político”⁽¹²⁾ y, al anular la razón política no solo de la práctica de las ciencias, sino también del análisis crítico de esas prácticas, la racionalidad técnica se torna en sí misma la racionalidad de la acción social vinculada a las ciencias.

Por lo tanto, colocar en un primer plano los complejos procesos de mediación que impulsan o limitan que un texto acceda a la esfera pública y amplíe su circulación implica desandar ciertas nociones instituidas y restituir esa “trama social de intereses” de la que nos habla Habermas⁽¹²⁾, pero no desde el plano de la acción individual, sino desde la perspectiva de acción que propone Ricœur:

“Una acción es un fenómeno social, no solo porque la ejecutan varios agentes, de tal manera que no se puede distinguir el papel de cada uno del papel de los otros [...]. Una acción deja una *huella*, pone su *marca*, cuando contribuye a la aparición de pautas que se convierten en los *documentos* de la acción humana”.⁽⁵⁾ (cursivas del original)

Acciones macrosociales

Entendemos como *acciones macrosociales* a aquellas *huellas*, en términos de Ricœur⁽⁵⁾, que se expresan en políticas nacionales o en decisiones que toman personas desde marcos

institucionales con capacidad de incidir en la conformación, ampliación y consolidación de ciertas conversaciones de las ciencias en el plano narrativo.

John Bernal, en *The social function of science*⁽²⁹⁾, al describir el entorno social de las ciencias del Reino Unido de fines del siglo XIX, menciona que la práctica científica independiente e individual, que había sido tan importante en épocas anteriores, prácticamente ya había desaparecido para dar paso a un tipo de investigación científica motorizada por “tres esferas administrativas diferentes”⁽²⁹⁾: las universidades, el Estado y la industria. Las sociedades científicas —responsables de la gestión y puesta en circulación de las revistas científicas— solían coordinar, además, los proyectos que recibían financiamiento del Estado y, en menor medida, de otras organizaciones. Según Bernal⁽²⁹⁾, esas tres esferas (universidad, Estado e industria) no operaban de forma independiente. Las áreas de las universidades vinculadas a la investigación científica tendían a depender cada vez más de las subvenciones del Estado y del sector industrial. De hecho, una gran proporción de quienes trabajaban en investigación científica en las universidades estaba financiada por el Estado o por la industria, y gran parte de quienes dirigían el trabajo científico financiado por la industria y el Estado eran personas que ocupaban cargos universitarios. Las investigaciones financiadas por el Estado también estaban estrechamente asociadas a la industria. En el Reino Unido, un ejemplo de este vínculo fueron las investigaciones en torno al carbón, sobre todo a la producción de combustibles líquidos a partir del carbón. Si bien fue el Estado británico el que financió la investigación del método de hidrogenación del carbón, la producción de la gasolina bajo este método y su comercialización fue cedida a la empresa británica *Imperial Chemical Industries*, que incluso fue eximida del pago de los impuestos que representaban gran parte de su precio de venta⁽²⁹⁾.

Esa interdependencia de las “tres esferas administrativas” que describe Bernal, es el mismo proceso que, según Habermas, se da en los países industrializados desde la segunda mitad del siglo XIX, y que comienza a producir “una creciente interdependencia de investigación y técnica, que convierte a las ciencias en la primera fuerza productiva”⁽¹²⁾. Este proceso demandó una interacción entre el Estado y las ciencias que requería una “*traducción de las cuestiones prácticas a problemas planteados científicamente y la retrotraducción de las informaciones científicas a soluciones a las cuestiones prácticas*”⁽¹²⁾ (cursivas del original).

Para comprender las distintas dinámicas de los entornos sociales cabría preguntarse ¿qué acciones macrosociales aportan a una consolidación y amplificación de

ciertas conversaciones de las ciencias en el plano narrativo?, ¿qué tipo de dinámica se establece entre las “tres esferas administrativas” planteadas por Bernal? ¿qué otros agentes e instituciones forman parte de esas acciones macrosociales?

Acciones microsociales

Las diversas conversaciones que se ponen en acción en el plano narrativo van a ser impulsadas o van a quedar relegadas no solo por la acción o la inacción que opere a nivel macrosocial, sino también por la acción o la inacción de esa trama de actores que transforma un texto manuscrito inscripto en la esfera privada en un *objeto narrativo* que circula en la esfera pública, es decir, en un texto editado e impreso en un dispositivo que tiene la potencialidad de dialogar con una comunidad interpretativa.

Partimos de la concepción de que ambos niveles de acciones no operan de forma jerárquica, sino que se retroalimentan, se producen intersecciones y superposiciones mutuas⁽³⁰⁾. Tal como lo expresa Robert Darnton al analizar las múltiples influencias en cada una de las fases del circuito de comunicación de libros, del mismo modo que “autores, editores, impresores, libreros, bibliotecarios y lectores modificaron constantemente su conducta en respuesta a la presión del Estado, la Iglesia, la economía, y los distintos grupos sociales”, los textos expresaban “la marca del patronazgo, la censura, las enemistades...”⁽³¹⁾. Por otra parte, los textos, al aparecer impresos, asumían no solo “la forma que le daban los artesanos que acomodaban los tipos, componían los formatos y hacían girar las barras de las prensas”⁽³¹⁾, sino el significado que le aportaban los editores a los textos al reunirlos desde una materialidad, un formato específico, un tipo de papel y de ilustraciones.

Ahora bien, si reconocemos “que un texto no existe más que porque existe un lector para conferirle significado”⁽¹⁹⁾, la acción de hacer público un texto no es sinónimo de que ingrese a una conversación. La inacción posterior a la publicación puede inhabilitar la comunicación e impedir que ese texto sea recuperado por una comunidad interpretativa y se inserte en una tradición.

Desde esta perspectiva, nos interesa reconstruir esas *huellas* o *marcas* que dejan las acciones entendidas, en términos de Ricœur⁽⁵⁾, como fenómenos sociales, que amplifican o limitan la circulación de los objetos narrativos de las ciencias y entablar un diálogo con esa comunidad de interpretación que nuclea cada revista. Situarse en esas acciones mediadoras implica el pasaje de una “concepción unilineal de la difusión”⁽³¹⁾,

que solía centrarse en la autoría, hacia una noción del texto como objeto en movimiento, en circulación, que cobra sentidos y significados a través de las comunidades lectoras. Este cambio integra a muchos otros actores, destronando así “al autor de su papel de creador único”⁽¹⁸⁾.

A diferencia de la estructura editorial del libro que, según Roger Chartier, entre los siglos XVI y XVIII estaba a cargo del librero-editor, cuya práctica fundamental se centraba en el intercambio comercial de libros⁽¹³⁾, las revistas científicas se caracterizaron, desde sus orígenes, por contar con una estructura editorial distinta, a cargo del “científico-editor” acompañado de un amplio grupo de colaboradores que no se dedicaban al comercio, sino al estudio de alguna de las ramas de las ciencias. Esta particularidad generó prácticas que respondían a necesidades propias de las comunidades científicas como, por ejemplo, esa condición dialógica de la narratividad científica que demanda estar al tanto de lo que se produce en otros países y regiones del mundo. Así nació el sistema de “canje”, por el cual una institución editora enviaba su revista a otra institución y, a su vez, esa otra institución respondía enviando su propia revista. Al analizar el sistema de “canje” de la Real Academia Sueca de Ciencias de inicios del siglo XIX, Jenny Beckman⁽³²⁾ destaca que, en ese contexto de intercambio de publicaciones, los roles de productores y consumidores, de editores y depositarios de conocimiento científico se superponían.

En este sentido, una de las particularidades de las revistas científicas es que quienes son responsables de la gestión, edición y puesta en circulación son parte de la propia comunidad científica, es decir, hay una “superposición” de roles, como menciona Beckman, de allí que quienes escriben, quienes editan, quienes se preocupan por la materialidad del objeto textual, quienes lo ponen en circulación y quienes dialogan con esos textos son parte activa de una misma conversación.

Históricamente, fueron los propios miembros de las comunidades científicas quienes asumieron esas tareas. Cuando Descartes viajó a la ciudad Leiden en la primavera de 1636, permaneció allí durante un año, supervisando las planchas de los grabados que ilustraban *Discurso del método*⁽³³⁾. Entendemos ese interés por la materialidad gráfica y visual del enunciado, como parte de una acción comunicativa, que tiene en cuenta a quienes posteriormente se van a apropiar de esos textos y de esas ilustraciones. Esta concepción relacional del texto ya está presente en las revistas científicas desde el siglo XVII. En la obra dedicada a la revista alemana *Acta Eruditorum*, Hubertus Laeven menciona que la reproducción precisa de artículos matemáticos llenos de fórmulas y

símbolos, a los que a menudo había que añadir figuras y modelos grabados en cobre, fue una fuente constante de tensión entre el filósofo y matemático alemán Otto Mencke, editor de la revista entre 1682 y 1707, y los diversos impresores. Para Mencke “reproducir los cálculos en forma perfecta y evitar un solo error tipográfico era absolutamente esencial, mientras que en lo que respecta a los impresores, era casi imposible cumplir con estándares tan altos”⁽³⁴⁾.

Estas prácticas propias de una comunidad de pares van a ir produciendo cierto aislamiento de las ciencias respecto de la cultura en general, por lo que quienes publicaban, editaban o leían estos objetos narrativos pasaron a conformar una nueva identidad colectiva que propuso un dispositivo de comunicación más ágil y más interactivo que el libro, menos perecedero que los formatos previos a la aparición de las revistas en el siglo XVII, como el volante o la hoja impresa, y con una narrativa más consensuada y estable que la correspondencia personal. Sin embargo, para poder ingresar a una conversación, las revistas científicas demandan acciones de quienes conforman el entorno social, acciones que tienen la potencialidad de amplificar el diálogo o de censurarlo, de ampliar el alcance geográfico o de reducirlo. Por lo tanto, nos debemos el esfuerzo analítico de integrar esas conversaciones que las ciencias entablan en el plano narrativo con el entorno social en el que se inscriben. Y en este sentido cabría preguntarse: ¿cómo están conformados los cuerpos editoriales y cuáles son sus prácticas? ¿Cómo se expresaba el interés por la materialidad? ¿Qué acciones formales (institucionalizadas) e informales (trayectorias personales) propician la ampliación de la circulación? ¿Qué tipo de acciones llevan a cabo los cuerpos editoriales para conformar esa comunidad interpretativa en torno a una revista?

A MODO DE CIERRE

En este texto nos propusimos abordar ciertas categorías teóricas que nos permitieran ir más allá de la materialidad del dispositivo editorial y capturar las características relacionales de las revistas científicas, entendidas como objetos narrativos de las ciencias. Como hemos intentado mostrar, son las revistas científicas las que articulan la racionalidad científica presente en el plano narrativo y los intereses de los entornos sociales que las ponen en circulación. Desde esta mirada, los marcos disciplinares y temáticos no serían explicativos para comprender esa articulación, porque lo que nuclea a una comunidad interpretativa en torno a una revista científica es una forma compartida

de interpretar científicamente el mundo que se enlaza, a su vez, a ciertos intereses y valores compartidos en el mundo primario de la vida.

Esta forma de comprender la articulación entre las comunidades interpretativas y los intereses del mundo primario de la vida nos muestra que el vínculo entre las ciencias y la sociedad es mucho más profundo: no son fuerzas externas que someten a las ciencias a prácticas que exceden sus intereses, ni comunidades científicas que imponen de forma autónoma su concepción del mundo. Es justamente el acuerdo precientífico sobre las formas de comprender y de vincularse con el mundo lo que nuclea a los distintos actores sociales en torno a prácticas científicas más industriales o más artesanales, desde perspectivas más humanizadas, más interrogativas o más instrumentales. Es ese acuerdo precientífico sobre las formas de comprender y de vincularse con el mundo lo que nuclea a las comunidades interpretativas en torno a una revista científica.

Como mencionamos, nos debemos el esfuerzo analítico de integrar esas conversaciones que las ciencias entablan en el plano narrativo con los intereses del entorno social en el que se inscriben. Las diversas conversaciones que se ponen en acción en el plano narrativo van a ser impulsadas o van a quedar relegadas tanto por la acción o la inacción que opere a nivel macrosocial, como por la acción o la inacción de esa trama de actores que opera a nivel microsociales y que transforma un texto manuscrito inscripto en la esfera privada en un *objeto narrativo* que tiene la potencialidad de circular en la esfera pública e inscribirse en una conversación.

Recomponer la trama social de intereses en la que se eligen estrategias y se utilizan tecnologías para legitimar o deslegitimar ciertas conversaciones de las ciencias en el plano narrativo demanda poner en pausa la racionalidad técnica como forma de comprender las acciones sociales, para recuperar la razón política y recomponer la potencia política de la acción para un análisis crítico de esas prácticas. Colocar en un primer plano los complejos procesos de mediación que impulsan o limitan que un texto acceda a la esfera pública y amplíe su circulación implica desandar ciertas nociones instituidas y restituir esa “trama social de intereses” de la que nos habla Habermas⁽¹²⁾, pero no desde el plano de la acción individual, sino desde la perspectiva de acción como fenómeno social.

Agradecimientos

Agradezco especialmente a José Ricardo de Carvalho Mesquita Ayres por motivarnos a reflexionar sobre la experiencia hermenéutica de la comprensión. A las compañeras y los compañeros del Instituto de Salud Colectiva de la Universidad Nacional de Lanús (ISCo-UNLa), y a Maximiliano Salatino por sus comentarios y aportes al texto. Este trabajo forma parte de una investigación mayor realizada en el marco del Doctorado en Salud Colectiva (ISCo-UNLa), titulado “Revistas científicas como objetos narrativos de las ciencias: los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* y las conversaciones de las ciencias del último tercio del siglo XIX”, dirigido por la Dra. Alejandra Giuliani.

Conflicto de intereses

La autora declara no tener vínculos o compromisos que condicionen lo expresado en el texto y que puedan ser entendidos como conflicto de intereses.

Referencias

1. Gadamer HG. La razón en la época de la ciencia. Barcelona: Alfa; 1981.
2. Gadamer HG. Verdad y método. 11^a ed. Salamanca: Ediciones Sígueme; 2005.
3. Gadamer HG. Verdad y método II. Salamanca: Ediciones Sígueme; 2006.
4. Ricœur P. Del texto a la acción. México: Fondo de Cultura Económica; 1986.
5. Ricœur P. Del texto a la acción: ensayos de hermenéutica II. México: Fondo de Cultura Económica; 2002.
6. Ricœur P. Tiempo y narración: configuración del tiempo en el relato histórico. 5^a ed. México: Siglo XXI Editores; 2004.
7. Ricœur P. Teoría de la interpretación: Discurso y excedente de sentido. 6^a ed. Mexico: Siglo XXI editores; 2006.
8. Marcuse H. Industrialización y capitalismo en Max Weber. En: La sociedad industrial y el marxismo. Buenos Aires: Quintana; 1969.
9. Marcuse H. El hombre unidimensional. Barcelona: Ariel; 1984.
10. Habermas J. Teoría de la acción comunicativa I: Racionalidad de la acción y racionalización social. México DF: Taurus; 2002.
11. Habermas J. Teoría de la acción comunicativa II: Crítica de la razón funcionalista. México DF: Taurus; 2002.
12. Habermas J. Ciencia y técnica como “ideología”. 5^a ed. Madrid: Tecnos; 2007.

13. Chartier R. Las revoluciones de la cultura escrita. Barcelona: Gedisa; 1997.
14. Chartier R. El mundo como representación estudios sobre historia cultural. Barcelona: Gedisa; 2005.
15. Chartier R. El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito. México: Universidad Iberoamericana; 2006.
16. Chartier R. La historia hoy en día: desafíos, propuestas. Actas y comunicaciones del Instituto de Historia Antigua y Medieval. 2009;5:1–10.
17. Chartier R. La mano del autor y el espíritu del impresor: siglos XVI-XVIII. Buenos Aires: Katz, Eudeba; 2016.
18. Lyons M. Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental. Buenos Aires: Editoras del Calderón; 2012.
19. Cavallo G, Chartier R, editores. Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid: Taurus; 2011.
20. Petrucci A. La escritura: Ideología y representación. Buenos Aires: Ampersand; 2013.
21. Spiegel GM. La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico. *Ayer*. 2006;(62):19–50.
22. Fish S. Is there a text in this class? The authority of interpretative communities. Cambridge: Harvard University Press; 1980.
23. Polastron LX. Libros en llamas: Historia de la interminable destrucción de bibliotecas. México: Fondo de Cultura Económica; 2007.
24. Bajtín M. Estética de la creación verbal. 2ª ed. Buenos Aires: Siglo XXI Editores; 2011.
25. Carr D. Tiempo, narrativa e historia. Buenos Aires: Prometeo; 2015.
26. Hessen B. The social and economic roots of Newton's Principia. En: Freudenthal G, McLaughlin P, editores. The social and economic roots of the scientific revolution. Springer Science+Business Media; 2009. p. 41–102.
27. Grossmann H. The social foundations of the mechanistic philosophy and manufacture. En: Freudenthal G, McLaughlin P, editores. The social and economic roots of the scientific revolution. Springer Science+Business Media; 2009. p. 103–56.
28. Merton RK. Puritanismo, pietismo y ciencia. En: Teoría y estructura sociales. 3ª ed. México: Fondo de Cultura Económica; 1992. p. 660–92.
29. Bernal JD. The social function of science. London: George Routledge & Sons; 1939.
30. Even-Zohar I. Polysystem studies. *Poetics Today*. 1990;11(1):9–26.

31. Darnton R. Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica; 2008.
32. Beckman J. Editors, librarians, and publication exchange: The Royal Swedish Academy of Sciences in the long 19th century. *Centaurus*. 2020;62(1):98–110.
33. Galard J. The birth of scientific publishing: Descartes in the Netherlands. En: Fredriksson EH, editor. *A century of science publishing*. Amsterdam: IOS Press; 2001. p. 3–14.
34. Laeven AH. *The Acta Eruditorum under the editorship of Otto Mencke: The history of an international learned journal between 1682 and 1707*. Amsterdam: APA-Holland University Press; 1990.

Este preprint fue presentado bajo las siguientes condiciones:

- Los autores declaran que son conscientes de que son los únicos responsables del contenido del preprint y que el depósito en SciELO Preprints no significa ningún compromiso por parte de SciELO, excepto su preservación y difusión.
- Los autores declaran que se obtuvieron los términos necesarios del consentimiento libre e informado de los participantes o pacientes en la investigación y se describen en el manuscrito, cuando corresponde.
- Los autores declaran que la preparación del manuscrito siguió las normas éticas de comunicación científica.
- Los autores declaran que los datos, las aplicaciones y otros contenidos subyacentes al manuscrito están referenciados.
- El manuscrito depositado está en formato PDF.
- Los autores declaran que la investigación que dio origen al manuscrito siguió buenas prácticas éticas y que las aprobaciones necesarias de los comités de ética de investigación, cuando corresponda, se describen en el manuscrito.
- Los autores declaran que una vez que un manuscrito es postado en el servidor SciELO Preprints, sólo puede ser retirado mediante solicitud a la Secretaría Editorial deSciELO Preprints, que publicará un aviso de retracción en su lugar.
- Los autores aceptan que el manuscrito aprobado esté disponible bajo licencia [Creative Commons CC-BY](#).
- El autor que presenta el manuscrito declara que las contribuciones de todos los autores y la declaración de conflicto de intereses se incluyen explícitamente y en secciones específicas del manuscrito.
- Los autores declaran que el manuscrito no fue depositado y/o previamente puesto a disposición en otro servidor de preprints o publicado en una revista.
- Si el manuscrito está siendo evaluado o siendo preparando para su publicación pero aún no ha sido publicado por una revista, los autores declaran que han recibido autorización de la revista para hacer este depósito.
- El autor que envía el manuscrito declara que todos los autores del mismo están de acuerdo con el envío a SciELO Preprints.